



La cultura ha adquirido un papel indispensable en la convivencia de nuestras colectividades locales. El progreso del bienestar en la última década ha tenido una expresión palpable en el aumento de la calidad y cantidad de ocasiones y modalidades en las que el ciudadano ha entrado en relación con el hecho cultural.

También se ha visto que la cultura no es solamente una corona de prestigio para la calidad de vida en la educación, el urbanismo o el tiempo libre. La cultura tiene unos efectos que re-vertien directamente en la vida económica.

La atracción de inversores, personal cualificado y turismo de calidad tienen un componente cultural de creciente importancia. El desarrollo cultural genera puestos de trabajo en industrias y servicios que utilizan intensivamente mano de obra, tanto subalterna como especializada.

La existencia de bases culturales permite que una determinada población opte a formas de desarrollo que requieren personal preparado en materia de diseño, comunicación, publicidad, oficios artísticos aplicados, turismo de calidad o en las industrias culturales clásicas como la edición literaria, fonográfica o audiovisual, prensa, radio y TV.

La presencia de una realidad cultural viva no solamente ha demostrado su valor como impulso al desarrollo sino también como freno al deterioro que están sufriendo nuestras ciudades, tanto en sus cascos antiguos como en periferias de reciente implantación.

La cultura como instrumento de regeneración urbana empieza a constituir una estrategia clave para impedir que prosperen bolsas de marginación y aislamiento social. La acción cultural y socio-educativa favorecen la expresión formal de la disensión al tiempo que refuerzan el sentimiento de pertenencia y de solidaridad.

La incorporación de la realidad cultural a través del patrimonio, el arte o la fiesta constituye en sí misma un exponente de modernización que se revela como un rasgo indispensable en el crecimiento.

La modernización social y económica de nuestros pueblos y ciudades pasa por un importante impulso a la vida cultural. Una realidad que por sí sola no conduce al desarrollo local pero es muy difícil que éste se alcance sin su presencia.

La cara socioeconómica del desarrollo cultural no sería capaz de cumplir con su cometido si se ignora su reverso educativo y creativo. Hoy es evidente que la educación no es tarea exclusiva ni de la escuela ni de un determinado período en la vida de los ciudadanos.

A pesar de poseer competencias y recursos escasos para enfrentarse a los problemas educativos, las Corporaciones Locales disponen de una inmejorable oportunidad de contribuir a hacer de la ciudad una experiencia educativa a través de un entramado de servicios culturales y socio-educativos que complementen la acción escolar y la relacionen con la experiencia cotidiana de los jóvenes.

Del mismo modo, los efectos socioeconómicos de la cultura deben contemplarse al lado del dinamismo creativo que se genera alrededor de la acción cultural. Los mecanismos vivos que alimentan las actitudes críticas en la ciencia, el arte, la vida social y la convivencia política tienen engranajes culturales fundamentales. Una sociedad será crítica y constructiva si es capaz de compartir la aventura creativa de sus artistas, sus intelectuales, sus pensadores y científicos.

Este dinamismo creativo que tiene su mejor destilación en el Arte pero que se extiende por otros cometidos sociales como la ciencia, la comunicación, el urbanismo, la arquitectura, el tiempo libre y aún en la propia actividad educativa no es ya prerrogativa de las grandes urbes.

La gran ciudad ha dejado de ser en muchos aspectos el entorno privilegiado para la convivencia; los problemas de masificación están empezando a hacer mella en el medio ambiente, la salud de sus habitantes, las crecientes incomodidades viarias o la carestía de sus viviendas.

Las ventajas en materia de comunicaciones que antaño se atribuían a las ciudades están dejando también de ser un valor exclusivo. La mejora de los transportes y la comunicación audiovisual están corrigiendo a grandes pasos estas diferencias. A pesar de las grandes diferencias existentes en nuestro país, las grandes ciudades están empezando también a perder su monopolio como centros de cultura.

La gran ciudad ya no es metáfora automática de progreso y libertad en todo caso habrá que plantearse esta asociación como meta a recuperar, especialmente a través de una nueva relación entre la ciudad y sus periferias. La noción de territorio integrado, de país metropolitano estaría más acorde con las aspiraciones del ciudadano del Siglo XXI.

El incremento de inversiones culturales en poblaciones medianas y cabeceras de comarca, la mejora en la difusión de espectáculos de calidad y el nuevo impulso de las identidades

culturales locales están empezando a conferir a los municipios menores un nuevo sello cultural. A ello hay que añadir la tendencia de muchos artistas profesionales, especialmente en las artes plásticas, la literatura y aún en el teatro a establecer sus sedes de trabajo en pequeñas poblaciones.

En resumen, la década de los 90 marca en España la llegada de un nuevo equilibrio cultural basado por un lado en el reconocimiento de la cultura como factor de desarrollo local y por otro en el reconocimiento del ámbito local como pieza clave en el desarrollo de la cultura.

II

Al lado de los factores económicos, sociales, educativos y creativos en la relación entre la cultura y el municipio hay que destacar por su especial importancia, el papel de la acción cultural en el desarrollo de la cultura política, la participación ciudadana, el asociacionismo y el voluntariado cultural.

Una intensa acción cultural local donde se combinen los elementos comunitarios con los intelectuales y artísticos constituye hoy una de las pocas vías hacia la superación de la indiferencia social ante el hecho colectivo, la recuperación de una cultura de los valores y la actualización permanente de las prácticas solidarias.

Los valores básicos de la convivencia cultural, el respeto a las identidades, la proclamación del derecho a la propia sensibilidad y el cultivo de experiencias sin finalidad utilitaria o lucrativa son los que la sociedad post-industrial requiere con mayor urgencias en esta época.

Estos valores raramente se producen en el vacío o en el consumo de la comunicación de masas sino en el marco de un territorio concreto y muy especialmente el de las colectividades locales. En este sentido, como en muchos otros, el municipio es una auténtica base de valores humanísticos donde la personalización de las relaciones se puede traducir en actitudes prácticas de solidaridad, cultura y progreso.

En el ámbito local los valores se practican, muy especialmente en sus expresiones culturales; el trabajo asociativo, la participación en órganos consultivos municipales, la asistencia a acontecimientos culturales públicos, las prácticas de las tradiciones, el folklore, la iniciación artística, la actividad creativa o investigativa, la comunicación local...

Los valores cívicos de la actividad cultural se han manifestado muy especialmente en la vida asociativa aunque ésta ha empezado a cambiar muy rápidamente.

El asociacionismo cultural, a menudo teñido por una fuerte disciplina religiosa, empieza hoy a ser substituido por unas nuevas agregaciones sociales que no están basadas en afinidades

orgánicas sino en solidaridades ante proyectos específicos. Nuevos voluntariados que inspirados en los «asociacionismos de conciencia» como los movimientos ecologistas o de defensa de minorías sociales se proponen una nueva actuación pública. Hoy este nuevo voluntariado se expresa especialmente a través de determinadas actividades como la práctica amateur del arte, la comunicación local, la promoción de culturas locales o minoritarias, la ayuda socio-educativa a países en vías de desarrollo...

Incluso se puede detectar hoy la creciente presencia de elementos culturales en las reivindicaciones de los movimientos sociales. Éstos utilizan recientemente el soporte de medios artísticos no sólo como reclamo a su mensaje sino como parte integrante de él. La actitud ética en la solidaridad humana se superpone a la actitud ética en la cultura.

La defensa de la cultura y muy especialmente de la cultura en vivo se ha convertido en una actitud ética que se equipara a las de otros movimientos sociales. Las prácticas culturales con una dimensión pública representan hoy uno de los indicadores más significativos de sensibilidad hacia el progreso integral de las personas y su dependencia mutua para alcanzar los objetivos sociales y económicos que se propongan.

Los valores que configuran el progreso social contemporáneo se centran en dos grandes conceptos; el territorio y la cultura.

La valoración del territorio implica el respeto a los rasgos comunes que comparte una comunidad; los elementos de su vida material, la economía, el medio ambiente y las tendencias positivas que hacen que todo este conjunto tienda hacia un equilibrio en igualdad y justicia. El territorio es también el valor de los puntos de referencia que persisten a través del tiempo, la lengua, la historia, las señas de identidad.

La cultura, por su parte nos remite a los valores de la crítica, la creatividad, la imaginación, la elaboración de utopías. La capacidad para plantear los problemas bajo prismas distintos elaborando permanentemente nuevos lenguajes y códigos de comunicación.

El desarrollo socio-económico del territorio debe ir acompañado del desarrollo cultural especialmente en los momentos actuales en los cuales los lenguajes se transfieren a gran velocidad con los peligros de colonización cultural que acechan cotidianamente nuestro sistema social. De nada serviría un óptimo desarrollo económico si sus frutos nos llegan expresados según códigos ajenos.

La sensibilidad cultural remite a esa responsabilidad histórica que es base de la cultura política de nuestros días. Las políticas culturales públicas deben tener este objetivo en el número uno de sus prioridades y comunicarlo con toda fuerza y convicción tanto a los públicos como a los creadores.

III

El papel de las Corporaciones Locales en la vida cultural de las próximas décadas debe ser objeto de una profunda revisión. La autonomía local que tan celosamente hemos defendido debe confrontarse con las nuevas necesidades en el desarrollo de la cultura.

La vida cultural tiene una profunda relación con el territorio donde se desarrolla pero al mismo tiempo mantiene una relación crítica y dialéctica con él.

La metáfora cultural de la vida local tiende a remitirnos a un modelo de autosuficiencia de imposible realización. En las épocas en las que las oportunidades culturales óptimas se remitían a la biblioteca, el ateneo, el museo polivalente, el teatro/casino y el coro, era posible aspirar a una cierta cobertura de estas necesidades en poblaciones a partir de los 15.000 habitantes. Hoy, las aspiraciones a oportunidades de prácticas y consumo cultural sugieren una enorme variedad de actividades, instalaciones, equipamientos y acontecimientos fuera del alcance aún de las grandes ciudades.

Por otro lado, los medios de comunicación de masas nos sitúan ante la presencia de un universo cultural «deslocalizado», que transmite formas y valores sin responder a ninguna cultura en particular.

De la misma forma que existen consensos planetarios sobre el valor de ciertas obras de arte como la pintura o la música, las industrias del audiovisual buscan a su vez un mercado planetario para sus productos.

Sin embargo, mientras Velázquez o Mozart adquieren su universalidad a partir de un enraizamiento en su historia y su territorio, la nueva universalidad se busca en los mercados y no en los productos.

La universalidad de los grandes emporios de la comunicación, el cine o la TV viene conferida por la uniformidad de los mercados que a su vez exige una creciente homologación de los productos.

Como en cualquier otro proceso mercantil, la producción en masa de la cultura es garantía de su rentabilidad.

Ignoramos cuál será el veredicto de la historia sobre la calidad de los productos culturales dirigidos a un mercado de masas. La persistencia de sus temas, la uniformidad de su estética, sus finalidades lucrativas. De hecho, se podrían atribuir los mismos rasgos a buena parte del Arte Universal. La persistencia de los temas religiosos, la uniformidad estética y las finalidades lucrativas están presentes en los más apreciados períodos del Renacimiento o el Barroco

europeo. Las ortodoxias religiosas eran en cierta forma más severas que las que hoy imponen los dogmas del audio-visual.

Los grandes vicios que hoy criticamos al mercado del arte estaban ya presentes en el siglo XVI; el elitismo, la subordinación del artista al poder y el uso del arte para finalidades políticas y económicas. El mecenazgo de los Medici cumplía objetivos muy alejados del altruismo o del amor al arte.

No obstante, las circunstancias de la planetarización y la comercialización de la cultura de masas han adquirido hoy una dimensión que aunque conservando rasgos comunes con las de otros períodos históricos, manifiesta cambios cualitativos importantes.

En primer lugar, hoy se produce una integración de los intereses económicos a una escala desconocida para el sistema mundial. Los consorcios de la comunicación y la cultura se alimentan con capitales intercontinentales y sus beneficios revierten a un accionarado totalmente deslocalizado.

Ello no afecta solamente a las multinacionales de la prensa, la edición y el audiovisual sino que también debe aplicarse a las artes que son víctimas de la especulación especialmente las artes plásticas.

Esa integración de intereses económicos aplicada a las industrias culturales significa que las decisiones sobre la orientación de los mercados se toman en función de intereses y criterios recientemente abstractos y por tanto, alejados de cualquier consideración sensible, histórica o territorial.

En segundo lugar, el mecenas renacentista o el monarca del siglo XVIII pretendían un uso de la cultura que promoviera su forma de entender el mundo y las relaciones sociales y políticas. Las pugnas culturales entre las ciudades-estado o las repúblicas de la península italiana son pruebas de ello. Es decir, los usos político-económicos de la cultura ponían el acento en la creación de obras originales cuya gloria se identificaría con una ciudad, un linaje, una institución.

La estructura actual de las relaciones culturales internacionales impone una tendencia hacia la universalidad de los mercados, incluyendo la eliminación de las lenguas que no tienen una audiencia mundial.

Estas dinámicas van irremediablemente en contra de los intereses culturales locales. No solamente de aquellos en las aldeas o en las pequeñas ciudades sino también de los que se manifiestan en grandes urbes donde a pesar de existir corporaciones que forman parte de los *holdings* mundiales, el ciudadano vive ajeno a los procesos de producción y distribución de la cultura.

Ni tan solo aquellas grandes ciudades que como París o Londres basan en la oferta cultural una parte importante de sus ingresos pueden hacer más que presentar leve batalla a esas tendencias mundiales. Su oferta «cultural» pasa a ser oferta «turística» y en última instancia se amolda a los gustos de los visitantes.

Ante este panorama, se podría cantar un responso para las culturas locales. Unas culturas locales que han cubierto su ciclo histórico de la misma forma que en otras lo hicieron las tecnologías locales o las religiones locales.

No obstante, hay unos factores que presentan una capacidad de agrietar este paisaje monolítico. La propia voracidad del mercado planetario para lanzar nuevos productos a sus consumidores está agotando los sistemas convencionales de comunicación, entretenimiento e innovación expresiva.

Las fuentes de la originalidad y la innovación expresiva no se pueden hallar en las grandes maquinarias preparadas para la producción en masa.

Más bien deben buscarse en los sistemas de producción de significados originales; universos de códigos bioregenerables de los que el planeta siente una gran carencia generando la correspondiente demanda.

Estos sistemas de producción simbólica se encuentran básicamente en dos yacimientos; el creador y el territorio.

La mente del creador artístico es una fábrica de formas y lenguajes que no sólo explica la realidad de modos distintos sino que es capaz de transformar la propia realidad.

El territorio, entendido como espacio cultural es asimismo una fuente de configuraciones originales. Lo que ha hecho un pueblo distinto de otro a lo largo de los siglos ha sido la conservación y mejora de una máquina propia para la elaboración de lenguajes y referencias históricas. Aquí el término «pueblo» nos remite tanto a la nación como a la colectividad local; ambas son en última instancia pactos ciudadanos para crear lenguajes comunes y redes propias de relación.

La lengua, el entorno natural, las referencias históricas, las continuidades institucionales, la presencia del territorio en las biografías personales, la cultura material, las formas de vida y el trabajo de las personas para adaptarse a este espacio constituyen una unidad singular de creación de significados.

La identidad local no debe entenderse como algo místico o mágico sino como la acumulación de redes naturales interdependientes en la vida económica, en la expresividad, en la historia

y el paisaje. La destilación de esta acumulación de redes es una identidad renovable a partir de su propia capacidad para regenerarse.

Esta capacidad autoregeneradora de las culturas locales pasa a ser hoy un importante activo de las colectividades que habitan su espacio. La subordinación de lo local a lo universal puede abandonar el fatalismo que preside esta relación en base a la ponderación de las capacidades de producción cultural en uno y otro ámbito. En realidad, estamos apuntando a la necesaria complementariedad de ambos espacios no ya solamente por razones de saciar la voracidad de nuevas configuraciones culturales por parte de las grandes industrias culturales sino por la propia tendencia del hecho cultural a buscar perfiles humanísticos y de proximidad a los sentimientos, fantasías y sueños de la naturaleza humana.

El ámbito local, el «cara a cara» cotidiano es precondition para la interactividad necesaria en todo proceso de crecimiento cultural; la «transferencia emocional» de que hablan los psicólogos y pedagogos refiriéndose a los aprendizajes es mucho más fundamental en el proceso de compartir una experiencia cultural.

Por otro lado, hay que considerar el ámbito local como punto inexcusable para el arte en vivo; el punto de encuentro entre el artista y su público. Sin esta relación en vivo la experiencia creativa puede perder uno de sus ingredientes de mayor calidad.

Las colectividades locales son depositarias de esta relación y solamente con su voluntad se puede salvar esta forma amenazada del patrimonio artístico de la Humanidad.

Bajo este prisma podemos valorar con mayor convicción el resurgir de la cultura en los ámbitos locales. Ya estamos viendo importantes síntomas de esa tendencia en las denominaciones de origen de muchos productos que reclaman su carta de naturaleza propia. El siglo XXI según todas las perspectivas verá un importante protagonismo del patrimonio histórico artístico; su estudio, conservación y contemplación reforzarán las dinámicas culturales territoriales al singularizar la capacidad de un determinado territorio por establecer una continuidad histórica entre su capacidad creativa pretérita y futura.

También vemos hoy la necesaria adscripción territorial de determinados artistas aún en el mundo más transnacional del pop y del *rock*.

El mercado del arte necesitado de singularidades se dirige con creciente interés hacia las culturas periféricas a la cultura occidental; la influencia de la música africana o de la poesía, la literatura o el teatro orientales ejercen hoy algo más que una fascinación en los eruditos y coleccionistas occidentales. Su presencia en los mercados empieza a responder a los gustos de públicos más amplios.

La irrupción de las culturas eslavas, balcánicas y centroeuropeas en los mercados occidentales va a marcar muy poderosamente la entrada al próximo siglo por la añeja originalidad de sus planteamientos estéticos.

La valorización de la idiosincrasia cultural de una sociedad deberá empezar por sus ámbitos locales. Es por ello que nos referimos a la gran grieta que se está abriendo en el monolitismo de los paisajes culturales transnacionales.

De pronto, nuestras culturas se ven en la necesidad de buscar en su interior la razón de su identidad y de su diferencia para poder contribuir al patrimonio cultural de la Humanidad.

El papel de los municipios y de sus políticas culturales cobra una especial importancia en este contexto. No solamente estamos tratando de cubrir servicios culturales que contribuyan a los procesos de identidad, educación y creatividad en el desarrollo local. Estamos manteniendo y mejorando una capacidad de reproducción social que constituye una pieza de gran valor en la herencia de las culturas del mundo.

De esa forma entendemos que la dependencia de lo local frente a lo universal puede no sólo equilibrarse sino invertirse o, como se ha apuntado, alcanzar una relación simbiótica de reconocimiento y valoración mutua.